



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

Facultad de Bellas Artes

Estrategias comunitarias para la articulación y
autodeterminación de espacios comunes

Trabajo Fin de Grado

Grado en Bellas Artes

AUTOR/A: García Pérez, Pablo

Tutor/a: Miquel Bartual, María José

CURSO ACADÉMICO: 2021/2022

TFG

ESTRATEGIAS COMUNITARIAS PARA LA ARTICULACIÓN Y AUTODETERMINA- CIÓN DE ESPACIOS COMUNES

Presentado por Pablo García Pérez

Tutora: Mijo Miquel Bartual

Facultat de Belles Arts de Sant Carles

Grado en Bellas Artes

Curso 2021-2022



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA
FACULTAT DE BELLES ARTS DE SANT CARLES

Resumen:

Este trabajo de investigación tiene como objetivo el estudio de la creación colectiva de espacios comunes en el marco de la sociedad postcapitalista. Para ello, se realiza un análisis de la metrópoli, pensada como superestructura donde se desarrolla la vida del capital. Una vez asimilada su articulación, así como las consecuencias que tiene sobre los sujetos y territorios que la conforman, se procede a explicar las características de los espacios comunes, y se exponen a continuación diversas prácticas para llevarlas a cabo. Se muestran los centros sociales okupados autogestionados como enclave territorial para la articulación y materialización de praxis autónomas, y se concluye haciendo un análisis de los bienes comunes en el contexto napolitano, poniendo como ejemplo concreto la historia y gestión del *Giardino Liberato*.

Palabras clave:

Metrópolis, espacios comunes, centros sociales, bienes comunes

Abstract:

The aim of this research project is to study the collective creation of common spaces in the framework of post-capitalist society. To this end, an analysis is made of the metropolis, thought of as the superstructure where the life of capital takes place. Once its articulation has been assimilated, as well as the consequences it has on the subjects and territories that make it up, the characteristics of the common spaces are explained, followed by a description of the different practices to carry them out. It presents self-managed squatted social centres as a territorial anchorage for the articulation and materialisation of autonomous praxis, and concludes with an analysis of the commons in the Neapolitan context, giving as a concrete example the history and management of the *Giardino Liberato*.

Key words:

Metropolis, common spaces, social centres, common goods

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	1
2. OBJETIVOS Y METODOLOGÍA	5
2.1 Objetivos	5
2.2 Metodología	6
3. SITUAR EL DISCURSO	7
4. LA NO-CIUDAD Y LA NUEVA METRÓPOLIS	8
4.1 La ¿vida? en la metrópoli: articulación del poder en la realidad cotidiana	11
5. EL ESPACIO Y EL SUJETO ÚNICO	14
5.1. La construcción del espacio	14
5.1.1 El encuentro deviene circulación y tránsito	17
5.2. La construcción del sujeto	19
6. PÚBLICO Y PRIVADO COMO ... ¿CATEGORÍAS ÚNICAS?	22
7. NI PÚBLICO NI PRIVADO, COMÚN	26
7.1 Espacios comunes	28
7.1.1 Aclaraciones	29
7.2 Espacios seguros	30
7.3 Espacios no-mixtos	31
7.4 Zonas temporalmente autónomas	32
8. LOS CENTROS SOCIALES COMO ENCLAVE ARTICULADOR DE ESPACIOS COMUNES	34
9. NÁPOLES: EL GIARDINO LIBERATO Y LOS BIENES COMUNES	39
CONCLUSIONES	43
BIBLIOGRAFÍA	45
INDICE DE FIGURAS	47

1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es, en primera instancia, realizar un análisis de las características de la actual metrópoli: repensar sobre su configuración material y social, el espacio y el sujeto en torno al cual se conforma y las consecuencias que esto tiene, no solo sobre el entorno físico, sino sobre las personas que la transitan. Para ello será necesario entender su especificidad, aquello que la diferencia de la antigua ciudad. Veremos cómo el cambio en los modelos de producción y consumo a escala global ha implicado una reestructuración en la forma de percibir el territorio, lo que a su vez ha implicado una modificación en el tejido comunitario y social que lo conforma.

Bajo la premisa de que la metrópoli se caracteriza por la homogeneidad, -de los espacios, de las identidades, de las dinámicas de producción, etc-, constataremos la creación del sujeto único y su relación con el entorno: su forma de interactuar con otras subjetividades, el tipo de movilidad que efectúa en el espacio y la no-neutralidad de este último. Una vez definido el prototipo de individuo y el rol que encarna en el desarrollo y construcción de la polis, nos centraremos, más que en lo que incluye, en lo que deja fuera: todas aquellas personas y comunidades que, por no seguir el esquema -de consumo, de tránsito, de identidad- que la propia sociedad les asigna, sufren las consecuencias estructurales de un sistema jerárquico que se basa en la opresión de unos para el beneficio de otros.

Una vez finalizado este apartado, nos centraremos en algunas posibles estrategias que, dentro del marco socioeconómico actual, posibiliten repensar y elaborar un imaginario político desde el cual se puedan desarrollar prácticas colectivas de resistencia para la creación y gestión de espacios comunes, ajenos, en la medida de lo posible, a las dinámicas hegemónicas de poder: definiremos qué podemos considerar como espacios comunes, y lo enlazaremos con otro tipo de definiciones, diversas pero relacionadas entre sí: espacios seguros, espacios no-mixtos y las zonas temporalmente autónomas (TAZs). Hablaremos de los centros sociales okupados autogestionados (CSOAs) como posibles enclaves en el territorio para la creación y articulación de los espacios anteriormente nombrados. Terminaremos hablando de Nápoles, ciudad donde estoy realizando mi estancia Erasmus. Desarrollaremos el concepto de “bienes comunes” y pondremos como modelo concreto la historia del *Giardino Liberato*, así como el impacto y función que tiene sobre la comunidad que lo gestiona y sobre el territorio donde se sitúa.

2. OBJETIVOS Y METODOLOGÍA

2.1 OBJETIVOS

Podemos dividir los objetivos en dos grupos: el principal, en torno al cual se articula este estudio, y aquellos más específicos, quienes dan forma y coherencia al trabajo.

Objetivo principal:

Estudiar la creación de espacios comunes dentro de la sociedad postcapitalista.

Objetivos específicos:

Realizar un análisis de las dinámicas de consumo y producción actuales para entender cómo se configura la nueva metrópoli.

Explicar las consecuencias que este nuevo modelo socioeconómico tiene sobre los individuos y territorios que lo constituyen.

Exponer de manera específica diferentes prácticas que fomenten la creación de espacios autónomos y plurales desde una perspectiva interseccional ajenos, en la medida de lo posible, a las dinámicas hegemónicas de poder.

Pensar los centros sociales okupados autogestionados como enclave territorial articulador de praxis y discursos de resistencia.

Analizar los bienes comunes como forma alternativa de gestión y creación de espacios comunes.

2.2. METODOLOGÍA

Este trabajo de fin de Grado es el resultado de un detenido estudio bibliográfico completado a raíz de experiencias y vivencias que he ido anotando empíricamente. La lectura de dichas monografías y artículos se ha ido complementando con la participación en talleres, conferencias, presentaciones de libros... pero también manifestaciones, charlas informales y asambleas.

La primera parte de esta investigación, donde se desarrolla el concepto de metrópolis, así como su configuración, dinámicas de consumo y producción, es el resultado de la información recopilada por dichas lecturas, mientras que, la exposición y defensa de los beneficios que puede suponer para la comunidad y el entorno los centros sociales okupados autogestionados, así como el posterior desarrollo de la historia y gestión del Giardino Liberato, está más ligado a mi experiencia personal, obtenida a raíz de frecuentar los diversos eventos y asambleas que se organizan en ellos.

Este proyecto servirá como base para desarrollar otras líneas de investigación, así como para completar aquellas que, por extensión y profundidad, no hemos podido abordar ahora.

3. Situar el discurso

Si lo que se quiere es luchar por un paradigma habitacional autónomo y horizontal, es necesario escuchar a todas aquellas voces y saberes que han sido invisibilizados. Generar un contradiscurso común capaz de conectar las experiencias, para dar pie a la construcción de un lenguaje y unas prácticas propias. El conocimiento y el saber situado nos conduce directamente a la lucha y pensamiento de las autoras y feministas racializadas y decoloniales. En este contexto, se asume que deben integrarse múltiples miradas de la realidad social, incluidas las de sujetos invisibilizados históricamente, pero no como representantes de conocimientos no corrompidos por el poder, sino como una ampliación de las visiones parciales que asumen el peso de las experiencias en la producción de la realidad social y científica (Biglia, 2014). “No buscamos las reglas conocidas del falogocentrismo (que son la nostalgia de un Mundo único y verdadero) ni la visión des-encarnada, sino las que están regidas por la visión parcial y por la voz limitada. No buscamos la parcialidad porque sí, sino por las conexiones y aportaciones inesperadas que los conocimientos situados hacen posibles. La única manera de encontrar una visión más amplia es estar en algún sitio en particular” (Haraway, 1995).

Toda acción que no tenga la interseccionalidad como eje central acabará generando una segregación y paulatina marginación de aquellos sujetos que ya de por sí están oprimidos. Mientras exista un dentro y un afuera, la inserción y aceptación de sujetos marginales en las dinámicas de poder producirá un alivio superficial a las identidades que encarnan ese rol, pero nunca producirá un cambio real. Ya que las estructuras y esquemas de orden social seguirán intactos, pero ocultos hacia aquellos que han sido, en mayor o menor medida, aceptados por una sociedad que previamente les repudiaba. Si se rompe el techo de cristal, tenemos que pensar no sólo en quienes lo han roto, sino en quienes recogen dichos cristales.

La recopilación de información histórica tiene, en primera instancia, una visión hegemónica y patriarcal. Podemos asumir que la narración dominante tiende, por un lado, a minimizar aquellas voces de denuncia, y por otro, a colonizar el discurso público -que es único-, así como la puesta en marcha de sus prácticas. Similar a la praxis de archivo, la intención no debe ser únicamente conseguir y señalar información aislada, sino tejer una red de datos, de experiencias y de saberes que conformen una historia, un marco histórico y un contexto. Hacer o/y tener presente esta información a menudo perdida

o desplazada. Para ello es necesaria la voluntad de relacionar: interconectar y poner en común las vivencias, los discursos. Si el discurso dominante se caracteriza principalmente por la negación e invisibilización de X prácticas y sujetos, es necesario poner el foco de análisis en estos, precisamente porque si queremos desarrollar una praxis habitacional interseccional, de carácter antirracista, transfeminista y anticapacitista, son los sujetos racializados, *queer*, etc, los que más pueden contribuir a su formación. Atender lo desatendido deviene pues, un acto de resistencia.

4. LA NO-CIUDAD Y LA NUEVA METRÓPOLIS

El término ciudad es cada vez más ambiguo. ¿Dónde empieza y dónde acaba? ¿Qué abarca? ¿Qué incluye y qué excluye? El espacio urbano se ha ido expandiendo y difuminando en el rural y cada vez más la diferencia entre estos va desapareciendo, dando lugar a un único espacio atravesado y conectado por un gran número de flujos y transacciones mercantiles.

Los débiles contornos que conformaban las antiguas ciudades han desaparecido.

Sería más preciso determinar el tamaño de la ciudad en base a su potencial productivo, a través del número de movimientos y flujos económicos que mantiene con el resto de centros socio-económicos. “Que no nos vuelvan a hablar de la <<ciudad>> y el <<campo>>, y menos aún de su antigua oposición. Lo que se extiende en torno a nosotros no se le parece ni de cerca ni de lejos: es un tapiz urbano único, sin forma ni orden, una zona desolada, indefinida e ilimitada, un continuum mundial de hipercentros museificados y parques naturales, de grandes complejos inmobiliarios e inmensas explotaciones agrícolas, de zonas industriales y urbanizaciones, de casas rurales y bares modernos: la metrópolis. Ha existido efectivamente la ciudad antigua, la ciudad medieval y la ciudad moderna; no hay ciudad metropolitana. La metrópolis requiere la síntesis de todo el territorio. En ella todo cohabita, no tanto geográficamente como por el entramado de sus redes.

La ciudad, precisamente porque acaba de desaparecer, es ahora mitificada como Historia.”

(Comité invisible, 2007)

Diferenciar Ciudad de Metrópoli es importante porque el cambio no es únicamente etimológico, ling stico, sino que la naturaleza y configuración de estas es diferente, así como las consecuencias que tiene en las personas que la transitan. Los cambios en el sistema de producción, ligados al desarrollo tecnológico e intercambio de mercancías han dado pie a nuevas dinámicas de consumo que han reconfigurado espacialmente el territorio, material y conceptualmente, así como el tejido social que lo constituye y sobre el cual se sustenta.

La transformación producida en los diversos espacios abarca mucho más que modificaciones territoriales (ampliación del entorno urbano, creación de autopistas y carreteras que conectan el campo y la ciudad, el centro con la periferia...). Esta variación acarrea una mutación directa en la configuración social, que repercute en las dinámicas de la producción, la economía, el ocio y la cultura. "En la actualidad, el modo de producción inmaterial de la clase metropolitana, a la que también podría llamarse precariado, es el que ocupa un lugar hegemónico, siempre en términos de modelo y no de cantidad dentro del sistema en el que nos encontramos, el capitalismo cognitivo" (Miquel, 2013).

Asumir que la ciudad ha muerto y que la Metrópoli ha ocupado su lugar es esencial, ya que es necesario contextualizar la realidad y nuestro lugar en esta para saber dónde nos encontramos, y poder, desde ahí, tomar las medidas correspondientes a la hora de desarrollar nuestras prácticas de resistencia. Podemos pensar la metrópolis como la materialización de los procesos de globalización.

Una superestructura que está conformada por un gran número de servicios, flujos de información y movimiento de mercancías que organizan el espacio siempre en pro de un beneficio económico. Es el marco donde se desarrolla la vida del capital, donde todo gira en torno a la circulación y producción de este, vida que se perpetúa y sustenta gracias a la explotación y conquista constante de cuerpos y territorios. Es a la vez producto y espacio de producción. Esta se nutre de todo el entorno, así como de los elementos naturales y artificiales que lo conforman para abastecer la masiva demanda de productos que ella misma genera.

La constitución de modelos productivos y económicos a escala global ha dado pie a la creación de estructuras que permitieron articular dicho sistema -la metrópoli-. La ciudad ha perdido su contorno y su autonomía, así como su capacidad de suplir las necesidades mundiales que exige el actual sistema-mundo. "Metrópoli es el simulacro territorial efectivo de un mapa sin relación con ningún territorio" (Consejo Nocturno, 2018).

Es un conjunto de dispositivos organizados por y para los intereses de la

clase dominante.

Sin embargo, ¿en qué lugar deja todos estos flujos y transacciones a los sujetos que “habitan” estos territorios? ¿Cómo una superestructura que se ha generado por y para el beneficio económico, es decir, para la vida del capital, puede compatibilizarse con el resto de vidas? Desafortunadamente, podemos asumir que no puede, ya que la vida del Capital se sustenta a base de la explotación y la negación del resto de formas de vida (humanas y no humanas). Y para hacer esto posible, necesita excluir, inferiorizar y contaminar los cuerpos y territorios marginalizados, al mismo tiempo que invisibiliza sus discursos y voces de protesta.

Según este análisis, tiene sentido pensar que no se puede habitar en la metrópoli, sino fuera de esta. Pero no hay un afuera, ya que, como se ha explicado previamente, la metrópoli es la síntesis de todo el territorio. De manera que solo se puede habitar *contra* esta.

Ahora bien, ¿cómo podemos desarrollar prácticas de resistencia que permitan una autonomía y autogestión en un contexto donde todo el espacio que nos delimita está atravesado por dinámicas basadas en la privatización y la mercantilización?

El primer paso para realizar este análisis es situar el discurso y el contexto donde nos encontramos. Pese a que las metrópolis globales tienen una serie de características comunes, como se explicaba anteriormente, la realidad material y social de cada una de ellas es heterogénea, y las problemáticas que acarrearán no afectan a todos los individuos de la misma forma. El problema “del habitar” nos atraviesa a todos en mayor o menor medida debido a que la fuente causante de estas violencias es estructural, pero las consecuencias no son las mismas para todos los sujetos. Tenemos que ver sobre qué se construye, qué deja dentro y qué fuera, y cómo y dónde debemos posicionarnos para hacerle frente.

Clase, género, raza, orientación sexual y otros dispositivos de control se entrelazan y dan forma a los sistemas y discursos de poder. Estos, a su vez, determinan la posición y estatus social que ocupa cada subjetividad/comunidad en el sistema actual. Más adelante profundizaremos sobre el tema, pero podemos introducir esta cuestión diciendo que, a mayor privilegio, mayor acceso a los recursos materiales y tecnológicos, lo que a su vez implica que, cuanta más violencia estructural viva un individuo, más afectada resultará su salud: tanto de su comunidad (sujetos) como del territorio que habitan (entorno)

4.1 La ¿vida? en la metrópoli: Articulación del poder en la realidad cotidiana

Podemos empezar realizando un (breve) análisis de los diferentes elementos que configuran la vida en la metrópoli. Hasta ahora hemos hablado de conceptos relativamente abstractos, desde un plano conceptual que, pese a ser necesario, dificulta un poco el análisis material y cotidiano de las dinámicas y prácticas a las que nos enfrentamos diariamente. Por concretar y empezar a hablar desde un plano más tangible, podemos desarrollar una de las ideas sobre las cuales se articula este trabajo. En *La Fantasía de la Individualidad*, la autora explica que si los objetos de distintas culturas son diferentes es porque las personas que los fabrican también lo son, y que, desde este punto de vista, resulta obvio que las personas construyen la cultura material tanto como la cultura material construye a las personas. Es decir, somos como somos porque utilizamos diferentes objetos, y porque somos así, fabricamos unos objetos y no otros [...] No se trata solo de que producimos objetos individualizados porque nosotros lo estamos, sino que a través del uso rutinario de esos objetos nos vamos individualizando cada vez más, por lo que en el futuro generaremos objetos crecientemente individualizados que potenciarán la lógica de la tendencia social. (Hernando, 2018)

En un contexto como el nuestro, donde la competitividad y la exaltación de ideales y prácticas que fomentan la desigualdad social están al orden del día, podemos cuestionarnos lo siguiente: ¿qué elementos urbanos fomentan la individualidad y aislamiento entre la población?

El discurso social -abstracto, omnipresente- con el que crecemos favorece y genera dinámicas jerárquicas basadas en la opresión de unos individuos sobre otros, a través de discursos racistas, machistas, homófobos etc. Pero este discurso se tiene que sustentar y reproducir también gracias a elementos materiales que conforman y producen el espacio.

Si encontramos los pilares físicos en los que se fundamenta el poder tal vez podamos localizar el foco de la opresión, y generar así prácticas cotidianas de resistencia enfocadas directamente hacia estos elementos que la mantienen. El objeto de la lucha ha de ser entonces tanto abstracto como material. Identificar los elementos que ejercen y perpetúan la violencia en el espacio metropolitano nos puede ayudar a posicionarnos para ser capaces de generar otros espacios al margen del poder. Las opresiones están interconectadas así que, por tanto, lo están los elementos materiales que las constituyen. De las escuelas, prisiones y fronteras a las iglesias y casas pensadas para el núcleo unifamiliar. Estructuras y sistemas que, más que castigar la diferencia, im-

nen la norma, para prevenir así dicha diferencia. “Tomar en gestión la vida, los procesos biológicos del hombre-especie, y asegurar no tanto su disciplina como su regulación” (Foucault, 1976). Es necesario entonces realizar un análisis de todos aquellos instrumentos de los cuales se ayuda el sistema dominante para desarrollarse. Ver de cuáles podemos reapropiarnos y cambiar su uso y cuáles simplemente deben ser destruidos, ya que gran parte de estos sólo tienen como función perpetuar el orden social, y por ende, pierden su utilidad si el objetivo es crear espacios al margen del poder.

El primer elemento que podemos analizar si hablamos de control y poder en las metrópolis es el espacio. Durante largo tiempo, se ha tenido por costumbre presentar el espacio como receptáculo vacío e inerte, como un espacio geométrico, euclidiano, que solo posteriormente sería ocupado por cuerpos y objetos. Este espacio se ha hecho pasar por completamente inteligible, completamente transparente, objetivo, neutral y, con ello, inmutable, definitivo. Sin embargo, esto no debe entenderse sino como una ilusión que oculta -más como ideología que como error, dice Lefebvre- la imposición de una determinada visión de la realidad social y del propio espacio, la imposición de unas determinadas relaciones de poder. Una ilusión que rechaza ni más ni menos que el espacio sea un *producto social*. El mismo es el resultado de la acción social, de las prácticas, las relaciones, las experiencias sociales, pero a su vez es *parte de ellas*. Es soporte, pero también es campo de acción. No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales. El espacio debe considerarse, por tanto, un producto que se consume, que se utiliza, pero que no es como los demás objetos producidos, ya que él mismo interviene en la producción. Organiza la propiedad, el trabajo, las redes de cambio, los flujos de materias primas y energías que lo configuran y que a su vez quedan determinados por él. Recuerda el autor que *cada sociedad produce su propio espacio* (Lefebvre, 2013).

Ocultar la naturaleza política de un sistema (ya sea el género, la sexualidad, la raza o el propio espacio), es lo mismo que determinarlo como neutro, inmutable e histórico. Es la mejor forma de esconder su potencial social en cuanto elemento que genera violencia, al mismo tiempo que la perpetúa. Si se invisibiliza la fuente de la opresión, determinándola como natural e incambiable, la sensación que produce en las diferentes subjetividades se queda en un plano individual, en experiencias desagradables que nos suceden a título personal y que muchas veces no tiene sentido compartir, porque no existe la idea de que el problema sea colectivo, estructural.

El potencial transformador de los movimientos sociales -anarquismo, femi-

nismo, liberación sexual y de género, antirracismo, luchas anticoloniales, entre otras-, reside principalmente en su capacidad para colectivizar la violencia sufrida por el sistema, ponerla en común y generar herramientas colectivas para hacerles frente.

Las prácticas de resistencia son una respuesta natural a la violencia. Surgen a la vez, están intrínsecamente ligadas. En el momento que desaparezca una, lo hará también la otra. El problema reside en que, si se desconoce la fuente de la opresión, no es tangible, y sobre todo no se pone en común, es muy difícil poder articular unas respuestas y sistemas de defensa que aborden dicho conflicto. Esto no significa que identificar la opresión es igual a eliminarla. Son ya siglos los que las mujeres han nombrado con gran detalle las causas y las consecuencias que tiene vivir en una sociedad cisheteropatriarcal, así como tantas comunidades indígenas han puesto sobre la mesa los efectos que tenían sobre sus territorios y tribus la extracción y explotación de los recursos naturales ligados a los procesos imperialistas y coloniales. La resistencia es histórica y abarca tantas formas y modos de articularse como problemas existentes. Pero todas ellas deben empezar por poner en común dichas experiencias, situar el discurso y generar colectivamente un lenguaje capaz de articular, conceptual y materialmente, la posterior puesta en práctica de esas concretas estrategias. Identificar el problema, diseñar las variables que permitan rastrearlo, objetivar el conflicto que denuncian, enmarcarlo en narrativas verosímiles, movilizarlo por las redes pertinentes, cobijarlo en el marco de lo jurídico, conceptualizarlo buscando resonancias y acercarlo al lenguaje de los aliados. Nada exige más esfuerzo que hacerse visible, una tarea tanto más hercúlea cuanto más hortodoxa, periférica, minoritaria o marginal sea la situación de la que parte la comunidad (Lafuente, Corsín, 2010)

El espacio -tanto urbano como rural- está en constante cambio, y mientras dichas modificaciones se efectúan en él, estas a su vez generan otras que van configurando poco a poco la realidad material y cultural del entorno en el que se encuentran.

Analizar las correspondientes praxis que tienen lugar en el espacio metropolitano en clave de *no-neutralidad* nos puede permitir ver su naturaleza política, lo que a su vez facilitará la articulación y elaboración de un lenguaje y prácticas comunes con las que poder hacerles frente, retomando así los individuos la capacidad de autonomía y libertad que, paulatinamente, les ha sido arrebatada.

5. El espacio y el sujeto único

5.1 La construcción del espacio

Como explicaba anteriormente, la metrópoli se articula a raíz de la producción, circulación y tránsito constante de información, de bienes, mercancías y servicios. Estos se desarrollan dentro del territorio que esta abarca, mientras que, al mismo tiempo, se conforma y se sustenta con la ayuda de todo un entramado de redes internacionales -ajenos, pero absolutamente dependientes entre ellos- que ofrecen una constante demanda de productos y otras mercancías. “Tantos cambios tenían que afectar a las ciudades, que, gracias a una pérdida imparable de identidad, llevan camino de convertirse en una versión de una misma y única urbe, o mejor, en partes de una sola megalópolis tentacular, un nodo de la red financiera mundial”. (Amorós, 2006)

La inmersión en las dinámicas globales de producción y consumo tiene pues, por consecuencia, un cambio en las políticas sociales, económicas, culturales y relacionales. Al mismo tiempo que modifica el propio territorio, adaptándolo a las nuevas demandas que genera este nuevo tipo de producción, cambia también el sujeto que las consume (y que por ende, las conforma).

Como se ve a golpe de vista, son las prácticas y discursos de poder aquellas que, a día de hoy, tienen mayor capacidad de generar cambios en el entramado urbano -al menos, bajo mínimo riesgo-. Por el hecho de que son las hegemónicas, estas medidas se sustentan bajo la protección de toda una serie de aparatos jurídicos e instituciones, así como de una gran capacidad monetaria, lo que permite la movilización y puesta en marcha de proyectos de mayor o menor escala. La construcción de rotondas y carreteras, la ampliación del puerto y la realización de un complejo turístico con su respectivo hotel, el desalojo de las familias que habitan en una antigua finca, para, después de reformarla, inaugurar un AirB&B...

La cantidad de acciones que se pueden realizar sobre el territorio es inmensa, y todas ellas, en mayor o menor medida, repercuten sobre el tejido social, material y abstracto que las configura. Podemos pensar que dichas modificaciones, que nunca son neutrales, tienen como fin desarrollar y fomentar X formas de producción, que a su vez generarán X formas de relación: con los otros sujetos, con la naturaleza, con el barrio... es decir, con el propio espacio. Si determinamos como categorías constituyentes del pensamiento neoliberal la individualización y atomización de los sujetos, la constante competitividad y la libertad de mercado, y lo sumamos al concepto de que, como decía Hernando, *las personas construyen la cultura material tanto como la cultura ma-*

terial construye a las personas, podemos confirmar que la puesta en práctica de la creación de dichos objetos (y acciones) seguirá las pautas de aquellos que las han desarrollado. Y a su vez, estas nuevas modificaciones del entorno generarán nuevas dinámicas sociales que perpetuarán el régimen sobre el cual se han construido.

Si lo analizamos desde otra perspectiva podemos entender que, a mayor desarrollo y presencia de estas infraestructuras, más presentes estarán los valores de aquellas instituciones o sujetos que las han creado.

Esto quiere decir que cuanto más establecidos y visibles estén los servicios creados por la ideología dominante, más individualizado y atravesado -por dichos ideales- estará el sujeto que los frecuenta.

Al ensalzar (consciente o inconscientemente) los principios neoliberales se reorganizan las prioridades y valores de los individuos, poniendo por delante aquellos que fomentan el beneficio individual por encima del colectivo, de manera que la toma de decisiones así como la forma de relacionarse con el entorno será acorde al pensamiento de obtener un mayor poder y estatus social. Y esto sólo se puede adquirir a través de la puesta en práctica de acciones que, inevitablemente, descentralizan conceptos como el cuidado, los afectos, la horizontalidad y la solidaridad. La consecuencia, pues, de obtener un mayor poder tecnológico y del entorno -que es lo mismo que acceder y frecuentar estas infraestructuras y servicios- es una sensación de desarraigo del espacio que tenemos a nuestro alrededor, ya que dominar el entorno es solo posible a través de un distanciamiento del mismo, al menos si esa forma de dominio se basa en la jerarquización, posesión y explotación del resto de sujetos y objetos que lo configuran.

El territorio, desde esta óptica, empieza a leerse como tablero sobre el cual sacar beneficio y no como espacio habitable. Esto, a su vez, facilita una posterior modificación del entorno en pro del provecho económico, ya que al eliminar el sentimiento de pertenencia, la sensación de que estamos *perdiendo* algo no nos resulta tan evidente y por lo tanto, la oposición a la acción se reduce considerablemente.

Es fácil entrever las consecuencias que estos procesos de construcción -tanto material como social- están produciendo en los diferentes barrios de las ciudades, su impacto en el tejido urbano, en sus relaciones interpersonales y con la propia naturaleza.

Un mayor aumento de murales creados por artistas urbanos, el incremento de franquicias y grandes restaurantes con elevados precios, la creación de zonas peatonales, la presencia desmesurada de turistas ligada al aumento de los hostales, hoteles y apartamentos turísticos, la creación de pubs nocturnos

y discotecas... Todo esto hace su aparición a la vez que suben los precios de los alquileres y se desaloja a aquellos que no pueden pagarlos, desaparecen los pequeños negocios de alimentación, droguerías, guarderías, panaderías, bares y otros servicios a pequeña escala, etc. La presencia del turista, pese a ser absolutamente ajena del territorio en el que se sitúa, tiene pues una prioridad absoluta sobre aquellos individuos y familias que habitaban dichos espacios. En mi opinión, resulta impactante ver cómo, si se tiene que elegir entre uno u otro, es aquel que genera mayor beneficio quien lleva la delantera. Además, pese que tanto el turista como la persona que vive en el barrio va a sufrir las consecuencias de la gentrificación, el primero, aparte de ser en gran medida el propulsor de dicho proceso, aterriza, lo experimenta, y se va, mientras que los sujetos que durante años habían generado su rutina, sus vínculos y sus propias relaciones con el entorno, se ven expuestos a una serie de decisiones y modificaciones de su espacio más cercano, cuyas consecuencias sufren, hasta que se adaptan y lo normalizan, o hasta que se ven forzados a irse, es decir, hasta que son expulsados. La predisposición por el lucro en pro del bienestar evidencia de manera radical, al menos desde mi punto de vista, los intereses y las prioridades de la clase dominante.

A través de estas constantes modificaciones del territorio se va generando, poco a poco, una realidad donde el espacio deviene producto y las personas que lo transitan meros consumidores. El territorio se convierte así en un centro comercial al aire libre, lleno de servicios que generan un constante flujo de consumo y de producción, y que, al mismo tiempo, va destruyendo el tejido local y expulsando a las familias populares que, durante generaciones, habían habitado dichos territorios. La nueva economía obliga a nuevas costumbres, a nuevas maneras de habitar y vivir, incompatibles con la existencia de ciudades como las de antes y con habitantes como los de antes. Esa nueva concepción de la vida basada en el consumo, el movimiento y la soledad, es decir, en la ausencia total de relaciones humanas, exige una artificialización higiénica del espacio a realizar mediante una reestructuración sobre parámetros técnicos. Lo técnico va siempre por delante del ideal, a no ser que sea el ideal. (Amorós, 2006 :1)

La secuencia de acciones sigue a la perfección la lógica de las dinámicas del capital: se ve el potencial económico de un espacio, se empiezan a construir e implantar servicios e infraestructuras que fomentan ese consumo, y que, a su vez, aumentan el valor y el estatus que produce el hecho de frecuentarlos. El aumento del alquiler y del coste de vida aumenta paralelamente al aumento de los servicios ofrecidos por los intereses -públicos o privados- de la entidad correspondiente. La creación de aquello que podríamos determinar como Ciudad Marca -donde todo está limpio, todo está bajo control, todo está de-

finido y ocupa un lugar y una función específica- produce una expulsión de todos aquellos objetos y sujetos que no encajan con dicha estética, prácticas y estereotipos.

“Este gusto por lo auténtico -entre comillas- y por el control que conlleva, acompaña a la pequeña burguesía en su colonización de los barrios populares. Empujada fuera de los hipercentros, se desplaza a ellos para buscar una <<vida de barrio>> que jamás encontraría en sus barrios residenciales. Y echando a los pobres, a los coches y a los inmigrantes, limpiando el lugar, extirpando los microbios, pulveriza aquello mismo que iba a buscar”. (Comité invisible, 2007:73) No hace falta más que ver el cambio que han sufrido barrios como el Carmen, Ruzafa y actualmente el Cabanyal en la ciudad de Valencia para entender de qué estamos hablando.

Los procesos de gentrificación, indiscutiblemente ligados a los de turistificación, van implantando gradualmente un modelo de consumo, de ocio y de cultura único. Al mismo tiempo que aumentan los servicios ofrecidos al sujeto-turista, van desapareciendo -o adaptándose en cuanto a la subida de precios, normativa, etc- el resto de infraestructuras que frecuentaban las personas locales. De manera que no sólo son los turistas quienes poco a poco van desarticulando el tejido social, sino que la población de la zona, que paulatinamente se queda sin opciones para elegir, acaba frecuentando aquellos (nuevos) servicios, perpetuando y acelerando así el proceso de homogeneización del entorno.

Además, el hueco que ocupaba la antigua comunidad -elemento que previamente gestionaba tanto el espacio como los conflictos de intereses que se producían en él-, y que ha sido borrada mientras se implantaban los sistemas y servicios de consumo y producción, se rellena y materializa con la puesta en práctica de un gran número de cámaras de videovigilancia, así como del incremento de los cuerpos de seguridad del estado. “El control se integra de maravilla en el paisaje de la mercancía, mostrando, a quien quiere verla, su cara autoritaria [...] ¡Cuánta vigilancia policial exige el encantamiento!” (Comité invisible, 2007:73)

5.1.1 El encuentro deviene circulación y tránsito

El término <<movilidad>>, usado con bastante frecuencia a lo largo de este trabajo, puede leerse desde varias ópticas de forma que, antes de profundizar sobre el tema, puede sernos de utilidad hacer un breve paréntesis para diferenciar dicha variedad de conceptos, cosa que, en mi opinión, facilitará la lectura. Por una parte podemos leerlo como tránsito, circulación. Es decir,

ligado a las dinámicas de consumo y producción que nos arrancan del aquí y ahora. Por otra parte, podemos entender movilidad como capacidad y herramienta para desarrollarse con plenitud de condiciones en los diversos espacios que nos rodean -materiales y conceptuales-, y que no necesariamente tiene por qué implicar las prácticas relacionadas con el tránsito. Cuanto mayor sea el control del entorno, mayor será dicha capacidad para desplazarse. La constante oferta de servicios y de productos que se hace visible- y que están mucho más a nuestro alcance gracias a las nuevas tecnologías (instagram, facebook, etc)- junto a la multiplicación de los medios de transporte produce en los individuos un desarraigo constante del entorno en el que se encuentran. Estamos tan pendientes de lo que sucede allá y lo que sucederá acá que nos olvidamos del aquí. Queriendo estar siempre en otro lugar, lo que acabamos consiguiendo es no estar en ninguno. Resulta sorprendente ver cómo, en un espacio configurado y atravesado por un número tan grande de personas -la metrópoli-, la cantidad de encuentros y de intercambios sea tan reducida. El sujeto que encarna el rol de habitante de la metrópoli se visualiza pues como un estepicursor: las plantas que, una vez secas, se desprenden de su tallo y ruedan por el desierto llevadas por el viento. Atraviesan todo el espacio que les rodea pero siempre como trámite para llegar a otro lugar. Los encuentros casuales que se daban anteriormente en las calles y plazas han desaparecido, o más bien, han sido reconfigurados para convertir el espacio en un lugar de puro tránsito, de circulación. Y esto ha sucedido porque no sólo el entorno urbano ha sufrido modificaciones -materiales o jurídicas-, sino porque la propia comunidad ha sido eliminada en el proceso. A su vez, las metrópolis han adquirido un tamaño tan descomunal que el hecho de desplazarse implica, casi necesariamente, el uso del coche o, en su ausencia, el de medios de transporte, públicos o privados. “Una ciudad diseñada para el automóvil, por lo tanto más bien excluyente de los seres vivos” (Cuadernos de negación, 2012) De la casa al trabajo, del trabajo al bar, del bar a casa. Que sería lo mismo que decir, de casa a producir, de producir a consumir y de consumir a descansar, para poder así seguir produciendo y así, seguir consumiendo.

Recapitulando, podemos pues determinar que, en la sociedad postcapitalista, el paulatino aumento y presencia de dichas estructuras y servicios está totalmente ligado a la producción de un discurso y unas prácticas concretas (el beneficio por encima del bienestar). Precisamente porque los intereses de la clase dominante siguen esa lógica, tiene sentido pensar que las iniciativas y procesos de intervención urbana mantendrán dicha coherencia. El resultado es la puesta en práctica de comportamientos, de praxis y de acciones que ensalzan estos ideales, al mismo tiempo que borran, invisibilizan y ocultan

aquellos que generan una resistencia. No llama la atención, pues, ver cómo aquellos sujetos que tienen una mayor capacidad de movilidad dentro del espacio metropolitano, es decir, que encarnan el rol de sujeto-tipo sobre el cual se ha diseñado y configurado el entorno y el modelo de consumo, son aquellos que menos encuentros casuales generan, ya que, al tener el control material y, a su vez, (re)producirlo, no existe -al menos en la praxis capitalista- la necesidad de crear o fomentar otro tipo de prácticas y acciones que no sean *el propio consumo*.

Esto se puede traducir, como decíamos anteriormente, en que el aumento del número de instituciones y servicios tienen como función (y consecuencia) desposeer al individuo de su autonomía, ya que eliminando las prácticas locales e imponiendo aquellas ligadas a los procesos de mercantilización y gentrificación, se genera una dependencia tóxica de todos aquellos sistemas que han colonizado el territorio, y que iban -y van- en contra de los intereses populares.

Podemos concluir constatando que los espacios atravesados por todas estas estructuras, y por ende, por todo el discurso social que configuran (privatización, individualización etc) son aquellos con menos margen de autodeterminación, ya que poner estos en el centro significa eliminar la economía local, las prácticas de autogestión y la propia comunidad. Un mayor desarrollo y control tecnológico implicará una mayor individualización de los sujetos, que a su vez tendrá como consecuencia una pérdida directa de pertenencia con el entorno.

Por el contrario, serán los ambientes con mayor falta de servicios y estructuras, es decir, más ajenas a los sistemas de poder, aquellos en los que se darán prácticas e ideologías más ligadas a la solidaridad y el apoyo mutuo. Más adelante, ligándolo con los CSOAs, terminaré de desarrollar esta idea.

5.2 La construcción del sujeto

El modelo de consumo, ocio y cultura único que explicábamos previamente da pie a la construcción de un sujeto/consumidor único. Si el entorno se modela en pro de dichas dinámicas, el espacio que se construye tendrá la forma y características perfectas para el sujeto que encarna ese rol. Como podríamos afirmar (y no está de más recordar), no todas las personas que transitan los espacios tienen los mismos privilegios ni la misma seguridad a la hora de atravesarlos. La violencia -psicológica o física- que encarnan los sujetos (no marginales sino marginalizados, no minoritarios sino minorizados) y que se evidencian a raíz del acoso callejero, comentarios racistas, homófobos y pa-

lizas así como desalojos y desahucios, evidencia brutalmente la naturaleza y conformación de la sociedad: esta, y por ende la metrópoli -materialización del pensamiento y desarrollo neoliberal- está hecha por y para el hombre cis-heterosexual: binario, blanco, con papeles, burgués, no-discapacitado y occidental. Esto es lo mismo que decir que el espacio pertenece, por ende, a dicho sujeto, y refleja que la sociedad es transfoba, clasista, patriarcal, racista, capacitista y heterosexual. Son las identidades oprimidas quienes sufren la violencia estructural, porque simplemente no tienen cabida -sino como objetos sobre los que sostener y perpetuar dicho régimen- en la lógica del capital. Los roles de sujeto oprimido/opresor no son permanentes ya que, así como nosotros estamos en un constante cambio de ambientes y espacios, también lo están los roles de poder inherentes a ellos. Esto mismo lo confirma Miquel cuando determina que “las posiciones no son fijas sino que son muy precarias de manera que nuestra posición social está siempre bajo la amenaza de desintegrarse. En estos momentos de escasez, nuestras posiciones no se leen en términos de mejora posible sino en clave clara de amenaza” (Miquel, 2013 75).

Es necesario reconocer y sobre todo recordar que existen identidades más privilegiadas que otras, y que es importantísimo ser capaces de analizar en clave crítica qué dinámicas perpetuamos y qué roles encarnamos, así como las consecuencias que estas tienen hacia las subjetividades de nuestro entorno. De la misma forma, entender en torno a qué sujeto está creado el espacio urbano y por qué es imprescindible para visibilizar no sólo lo que está dentro, que ya lo sabemos, sino lo que deja fuera.

Es tan constante, en el contexto de la socialdemocracia y los Estados de bienestar, el bombardeo mediático con discursos que abogan por los derechos universales, la tolerancia, la igualdad, la justicia y la libertad que acabamos pensando que de verdad todos somos iguales. Y esto es así, todos tenemos los mismos derechos, pero desde luego no los mismos privilegios. Poner el foco en los derechos en vez de en los privilegios oculta la jerarquía socioeconómica sobre la cual se organiza el sistema.

Este discurso público (o publicado) que determina que todo el abanico ciudadano tiene la misma capacidad y libertad que el resto para desarrollar su vida, se une al hecho de que se fomenta una visibilidad y un mostrar(se) absolutos. Esto tiene como resultado la creación de un sujeto -ideal y único- que encarna la posibilidad de desarrollar su vida en las condiciones sociopolíticas y económicas actuales, de manera que las medidas y leyes que regulen tanto la realidad material como aquella más conceptual, se crearán en torno a esta figura de individuo. El problema pues, no reside en aquello que se queda dentro, como siempre, sino aquello que excluye. ¿Qué consecuencias tiene

esto en la vida cotidiana de las personas que, pese a no encarnar diariamente los roles asignados a dicho sujeto, se ven inmersas y obligadas a participar en la obra teatral que constituye la vida en la metrópoli?

La diversidad se ha convertido en un producto que se consume. El interés no reside en que se pueda generar una pluralidad de opiniones, de espacios interdisciplinarios e interculturales. Es más bien una cuestión de puro exotismo, de innovación. Se coge aquello que antes se rechazaba, se le acicala y se mete en una vitrina. Se perpetúa así el régimen de “tolerancia e igualdad” que caracteriza a los Estados occidentales, ocultando en el proceso, a quien no lo quiere ver -o se puede permitir no mirar- la hostil realidad que nos rodea. La parcial (sino mínima) inclusión por parte de gobiernos e instituciones, de carácter y estructura absolutamente jerárquicos, deja ver cómo estos se apropian de unas luchas, lenguajes y prácticas que no les pertenecen, y mientras hablan y elaboran discursos de inclusión y diversidad, se mantiene la estructura y praxis social intacta. Esto obliga a las subjetividades que no encarnan el estereotipo de sujeto único a participar en una sociedad que impone el sistema asalariado como única forma de acceder a los recursos cotidianos, y que a su vez, no les da cabida en las instituciones y servicios -públicos y privados-. Se genera pues, en dichos sujetos, la necesidad de crear espacios y prácticas que permitan una supervivencia diaria. Pero, así como este tipo de acciones están mal vistas tanto por el sistema como por la población que lo conforma, el sesgo de marginalización y estigma aumenta, dificultando cada vez más el acceso a los diferentes espacios. De esta manera, la sociedad crea las víctimas de las cuales pretende después deshacerse. (Goldman, 2010). Podemos pensar entonces que la creación de guetos y barrios periféricos es una consecuencia directa de la expulsión, directa o indirecta, de todas aquellas personas que no cumplen con los roles que la propia sociedad les asigna. La solidaridad pues, en contextos de jerarquía social, no se puede leer sino en términos de caridad, ya que, mientras las estructuras de poder sigan intactas o, recapitulando, exista un <<adentro y afuera>>, las políticas de inclusión social se leerán bajo la óptica “pan para hoy, hambre para mañana”.

En resumen, se generan discursos que abogan aparentemente por la visibilidad y el tránsito, mientras que se ignora la segregación social y violencia estructural que el propio contexto genera. Al mismo tiempo, se criminalizan las prácticas de autogestión y autodeterminación que los sujetos oprimidos desarrollan, así como las acciones de autodefensa que generan ante la violencia estructural que atraviesan. De esta forma, podríamos afirmar que la visibilidad sin protección no es más que una trampa.

6. Público y privado como... ¿Categorías únicas?

La lógica binaria del sistema en el que nos situamos nos está llevando a borrar todas aquellas opciones que no sean A) o B), dentro o fuera. Dando esto lugar a una forma de pensamiento sesgada que ignora un gran número de realidades y posibilidades. En el entorno urbano esto se refleja en Centro-Periferia, Ciudad-Campo. En dinámicas sociales se manifiesta con hombre o mujer, rico o pobre, ciudadano o inmigrante, civilizado o bárbaro, etc. Por regla general, esta distinción se puede equiparar a uno *versus* el otro/los otros.

La categorización del espacio -urbano y no- ha asumido la dicotomía Público (vs) Privado. Si no es uno es otro, y a priori no se profundiza sobre estos conceptos porque no hay otra alternativa. Lo público se entiende por “accesible a todos” en contraposición a lo privado. Pero, ¿es esto realmente así? Lo público tiene las mismas o incluso más normas que aquellos espacios o instituciones que se determinan privadas de formas de conducta a horarios y aforo. El transporte público, así como la universidad o los parques, son, como bien dice su nombre, públicos, pero la realidad material demuestra que solo tienen acceso a él aquellas personas que cumplen con los requisitos que se han determinado como oportunos. Pago de las tasas, ciudadanía, etc.

De hecho, en un contexto donde el estatus económico determina, si no definitivamente, en gran medida, el bienestar cotidiano -en cuanto a capacidad de movimiento y acceso a recursos-, tiene sentido pensar que en los espacios privados existe un mayor margen de libertad, dado que el dinero, al ser una prioridad, tiene la capacidad de alterar el orden de preferencia. No olvidemos que la moral cambia según sus intereses, y que en una sociedad de carácter capitalista, el beneficio económico tiende a llevar la delantera. Es irónico pero, siguiendo las lógicas del sistema de clases, quien tiene acceso a estos círculos privados (un porcentaje muy bajo de la población) está exento de una serie de responsabilidades y sobre todo consecuencias que las personas con un estatus económico y social medio/bajo no se pueden permitir. El dicho popular de que <<sólo los pobres van a prisión>> es más real que nunca.

La imposición de formas de conducta en el espacio público es otra forma de privatización del terreno en cuanto que determinan qué se puede hacer y qué no. De la misma forma que existen normativas y reglas en espacios privados (discotecas, escuelas, centros comerciales), existen también en espacios

“públicos” perdiendo así los individuos la capacidad de autonomía, de gestión y acción de un espacio que anteriormente era común. Estas normativas no hacen más que homogeneizar el imaginario social, asumiendo que todos los habitantes que lo conforman tienen el mismo número de privilegios y alternativas. “El difunto y llorado <<espacio público>> no es hoy más que un cronograma de control de movimientos y de asignación de rutas, que no “nos limitan” sino que promueven una libre elección que ya ha sido de antemano dispuesta” (Consejo Nocturno, 2018: 64).

Lo <<público>> está regulado bajo la normativa estatal, que se rige por la ideología de la clase dominante. Ignorar o rechazar este discurso social implica una intervención de las fuerzas del orden, así como del resto de la ciudadanía (masa amorfa que se ha convertido en otro organismo represivo de la sociedad), y expone a los sujetos que no siguen este esquema predeterminado, como decíamos anteriormente, a una violenta y paulatina marginación. A raíz de la pandemia producida por el virus Covid-19 se han podido ver un gran número de decisiones *públicas* elaboradas para la “salud y la protección de la población” que dejaban ver cómo el imaginario político implantaba medidas que algunos de nosotros podríamos leer como totalitarias, asumiendo que los individuos que conforman la sociedad tenían la misma cantidad de recursos, necesidades y capacidades.

Se impuso la reducción de la movilidad a la población, dando por hecho que todas las personas tenían el mismo margen de maniobra y capacidad económica, física y mental para soportar dicha normativa. El confinamiento -así como el toque de queda- al cual se sometió a la población que en marzo de 2020 se encontraba en el Estado Español determinó que estaba prohibido salir del domicilio para todo aquello que no fueran “actividades esenciales”: ir a comprar alimentos y medicinas, pasear mascotas y en algunos casos, cuando no se podía realizar de manera telemática, ir a trabajar. Este planteamiento refleja el pensamiento de sujeto único que definíamos anteriormente. Asume que todas las personas que se tenían que someter a dicha normativa tenían, para empezar, un domicilio propio. Luego, si queremos profundizar más en el análisis, podemos preguntarnos sobre la calidad de ese espacio doméstico, tanto a nivel material como psicológico. Aplicar la lógica de que todas las viviendas permitían una autonomía en la convivencia (habitaciones propias y espacios que dejasen margen para la intimidad y la privacidad) es, a parte de irreal, clasista. Por otra parte, ignorar los problemas y dinámicas de violencia de género, muy ligadas y sobre todo muy presentes, en el espacio doméstico, no es sino otra forma de invisibilizar a aquellos sujetos que encarnan el rol de oprimido, y por ende su dolor y sus voces de protesta. Otro

elemento que podríamos tener en cuenta era que, en horarios donde por toque de queda o cuarentena estaba prohibido salir a la calle, se podía justificar el desplazamiento mostrando el contrato laboral, y por consecuencia, demostrar el porqué de tu trayecto. Determinar la legalidad o ilegalidad en función del contrato privilegiaba automáticamente a un perfil concreto de la población mientras que dificultaba, otra vez más, la realidad de las personas que, por diversos motivos, no tenían o no podían tener contrato. Es lógico pues que en los barrios de carácter más obrero -donde las infraestructuras materiales estaban en peores condiciones- fuese el lugar donde más personas se saltasen la normativa. Y esto, tenía como consecuencia la intervención de la policía y guardias civiles, así como el posterior castigo a través de multas o detenciones, lo que a su vez provocaba y aumentaba la degradación de la realidad económica y material del sujeto que ya de por sí enfrentaba un contexto violento y/o precario. La ley nos trata a todos por igual cuando las circunstancias que tenemos no son las mismas.

Si una de las características que determina a la naturaleza de las metrópolis es la homogeneización del territorio, y por ende, prácticas, cultura, economía, ocio y consumo, tenemos que asumir que el propio sujeto que las conforma es, por ende, único. Poner el foco en los individuos y sus acciones en vez de en las propias normas que regulan el espacio da pie al pensamiento de que la culpa es de la persona o grupo, dejando intacta la naturaleza de la normativa pública, así como la violencia estructural que esta conlleva.

La regulación del espacio -público y privado- es absolutamente política. Paulatinamente define, mediante la normativa, las prácticas que nos determinan qué podemos hacer y qué no, cuáles son sus usos legítimos y cuáles no están permitidos y por ende, son sancionables. Sigue siempre las lógicas de producción y de mercantilización del sistema dominante, mientras que sanciona aquellas que no siguen dicha dialéctica. Con esto en mente, podemos pensar que el espacio, tanto público como privado, está diseñado por y para el imaginario de sujeto único, que es, a su vez, individuo atomizado. “El espacio público en su conjunto se neutraliza al perder su función de lugar de encuentro y relación (lugar de libertad) y se transforma en un fondo muerto que acompaña a la aglomeración y aísla sus partes. El espacio solo sirve para contener una muchedumbre en movimiento dirigido, no para ir contra corriente o pararse”. (VV.AA, 2013)

La penalización de la venta ambulante, el botellón, la acampada libre, el copyright, los grafitis, el cierre y privatización de parques... Todas estas acciones, en mayor o menor medida, dificultan la libertad de movimiento de

la población, mientras que generan al mismo tiempo, una paulatina segregación social: no es legal beber en la calle, pero sí hacerlo en un bar, donde los precios son, por regla general, más elevados. Los manteros no pueden vender ropa en la calle, pero sí la podemos comprar en centros comerciales... Poco a poco, a raíz de eliminar -mediante el estigma y el castigo- las prácticas culturales, de ocio y de encuentro entre individuos que no sean aquellas hegemónicas, se va reduciendo el abanico de posibilidades, y mientras esto sucede, el tejido social se va reconfigurando, lo que produce a su vez el aumento de dichas prácticas hegemónicas.

Está claro que lo público siempre será más accesible que lo privado, pero es importante desmitificar las instituciones y estructuras que tanto se enorgullecen de ser públicas, porque pese a tener ese "título", no todo el mundo tiene acceso a ellas, al menos en plenitud de condiciones. Reconocer la no-neutralidad de los espacios permite determinar su naturaleza política y por ende entrever las consecuencias de los sujetos que los transitan.

No se puede habitar pues en el espacio público porque este está inmerso, al mismo tiempo que constituye y fomenta las dinámicas de poder. Podemos concluir diciendo que la dicotomía público-privado carece de sentido si la propuesta es crear espacios comunes autónomos.



Figura 1
CSOA l'Horta

7. Ni público ni privado, común

“La autonomía sobre el territorio funciona como base para desarrollar la vida en común y la gestión de otros asuntos sociales. Sin la posibilidad de gestionar de manera autónoma sus propios territorios, los pueblos indígenas no podrán desarrollar de manera adecuada otras acciones necesarias, como el aprovechamiento de bienes naturales y el ordenamiento de un mercado interno más justo” (Aguilar, 2019)

La creciente y paulatina homogeneización de los espacios, así como la elaboración del discurso social que determina las prácticas y actitudes que se toleran o no sobre estos tiene como consecuencia una homogeneización, tanto material como inmaterial, que determina el tipo de acciones que realizamos, así como la naturaleza del espacio construido y el que está por construirse. Esta falta de pertenencia que conlleva la individualización de los sujetos acarrea, como desarrollábamos anteriormente, una anestesia general que despersonaliza la identidad de los individuos respecto a su entorno.

La privatización del espacio conlleva consecuencias no solo materiales. La propiedad está presente en cómo nos relacionamos entre nosotros. Los espacios comunes han perdido su potencial colectivo precisamente porque se ha eliminado la comunidad. Si las personas adoptan las ideas que ensalzan la individualidad y por ende el aislamiento, las prácticas que tendrán serán acordes con ese pensamiento. Una plaza es una plaza. Son las personas las que determinan qué uso darle. ¿Por qué antes un espacio que era un centro de reunión, de intercambio de experiencias e incluso bienes ahora se ha convertido en un mero espacio de tránsito? Una reforma urbana (ya sea la construcción de una autopista, el desalojo y derrumbe de un centro social o el cierre de pequeños negocios de barrio) conlleva no solo pérdidas materiales, sino que se destruyan o modifiquen el tejido social de las personas que frecuentaban y habitaban dichos espacios, obligando a modificarse así las dinámicas relacionales de los sujetos afectados.

Cuando se toma la decisión (pública, pero unilateral) de modificar espacios “públicos”, las personas pierden también una referencia conceptual que estaba ligada a estos, y se ven obligadas a desarrollar otros recuerdos y experiencias acordes a estos cambios.

Los espacios tienen un simbolismo debido a las experiencias que hemos desarrollado en ellos. Eliminar dichos espacios es borrar la memoria colectiva



Figura 2
Falles populars i combatives

de las personas que los han habitado. La pérdida de lo que podemos llamar identidad territorial conlleva un desarraigo del entorno que lo constituye y potencia, por ende, la pérdida de pertenencia, que da carta blanca a la destrucción y modificación del nuevo entorno en pro de un beneficio para el capital. Un cambio en nuestras políticas relacionales es necesario para poder crear y reapropiar(nos) de todos aquellos espacios que han perdido su potencial colectivo, común y comunitario. Frente a los rasgos de la arquitectura burguesa - separación y privación- debemos generar colectiva e individualmente una arquitectura de los cuidados que nos permita articular, gestionar y crear vínculos autónomos basados en la solidaridad y el apoyo mutuo. Una gestión alternativa de nuestras relaciones con las demás formas de vida -humanas y no- dará pie a la creación y reapropiación de espacios comunes, así como estos últimos servirán como base para articular y producir vínculos basados en estos parámetros: más comunes, con los cuidados y la vida en el centro.

Dicho esto, ¿a qué problemas nos enfrentamos?

Para que un proyecto enraíce y perdure en el tiempo, dice Aritz Tutor, antes tiene que perdurar en el espacio (Tutor, 2021). La sensación de pertenencia ligada al territorio, cultura, sociedad, etc, se crea y funda cotidianamente, a raíz de la repetición de hábitos, recorridos, paseos. De los vínculos, aquellos que sentimos con mayor o menor intensidad. De recuerdos ligados a callejones, plazas y parques. Nuestras calles, nuestros barrios, que no son nuestros ni de nadie pero los sentimos como propios. Habitar el entorno deviene pues un acto de formar parte de este. Entender que nos conforma de la misma manera que nosotros lo conformamos. La elaboración de redes de afinidad y comunidad necesita de un espacio sobre el cual desarrollarse. Transformar y crear nuevos espacios de encuentro en vez de puro tránsito es imprescindible para poder ampliar y forjar un imaginario político común, así como para poder tejer una cotidianidad ligada al entorno.

No sólo necesitamos un lenguaje y un imaginario político colectivo, necesitamos el soporte material sobre el cual darle forma, ponerlo en práctica. Y esa misma puesta en común dará pie a la formulación y praxis de otros métodos de lucha. El territorio deviene pues eje central para la construcción de tejidos y espacios comunes.

Si el espacio -urbano y rural, público y privado-, ha determinado su incapacidad para ser verdaderamente accesible, al menos desde una perspectiva interseccional, ¿desde dónde podemos construir?

Antes de profundizar en propuestas materiales que posibiliten encuentros y prácticas colectivas debemos, precisamente, definir qué consideramos como

espacio común, así como determinar cómo y quién/quienes lo conforman. Repensar la naturaleza de estos puede llevarnos a pensar sobre otra serie de conceptos, diferentes pero relacionados entre sí: los espacios seguros, los espacios no-mixtos y las Zonas Temporalmente Autónomas (TAZ). Dedicaremos los próximos capítulos a su definición, para después ligarlos a los centros sociales okupados autogestionados, elementos que, como desarrollaremos posteriormente, pueden servir como ejes articuladores *físicos* de nuestras futuras prácticas de resistencia.

7.1 Espacios comunes

Es difícil hablar de espacios comunes hoy en día, ya que estamos inmerses en un sistema que nos condiciona e imposibilita en mayor o menor medida, una autonomía y autodeterminación reales. Las estructuras y dinámicas de poder han atravesado, de manera casi absoluta, física y conceptualmente, todo el territorio. Actualmente es difícil encontrar algún espacio, al menos permanente, donde la propiedad privada no esté presente, así como las diversas formas de conducta y normativas que esta implica. “Todo es planeado con la mercancía como centro, tanto en su producción como en su circulación. No hay donde huir del estado y sus normas. No hay dónde escapar de las relaciones capitalistas, del capital como relación social. Y si no hay dónde huir la necesidad de una revolución global es innegable”. (VV.AA, 2012)

Podemos entender por Espacios Comunes (que no necesariamente tienen por qué ser físicos) aquellos en los que las personas que los conforman/habitan tienen voz y capacidad de decisión para determinar las dinámicas y prácticas que ellos mismos determinen como oportunas. Espacios gestionados desde la base, donde la toma de decisiones sea asamblearia o por lo menos horizontal, es decir, no por votación sino por consenso. Las subjetividades que conforman dichos ambientes deben poder autodeterminarse y autogestionarse, donde la “normativa” vigente o pautas de conducta sean el resultado de una gestión colectiva de los intereses de los individuos que atraviesan dichos espacios. Las tomas de decisiones tienen que recaer en todas las subjetividades presentes, y siempre debe poder estar abierta la posibilidad de reformularlas. No podemos decir que sean espacios ajenos al poder, porque al final este, al menos en nuestro contexto actual, es inherente a las personas así como a los espacios. Pero podemos categorizarlos como tales si ese poder se llega a colectivizar: es decir, se respeta la capacidad de autodeterminación de cada individuo, su especificidad y su autonomía mientras que, a su vez, se interioriza y sobre todo se pone en práctica que la libertad

de uno no empieza donde acaba la de otro, sino que, siguiendo las pautas del pensamiento ácrata, esta se expande, se enriquece y depende absolutamente de la libertad de los demás.

Es importante, para no caer en dinámicas de jerarquización y violencia, tener como eje articulador de las relaciones y formas de pensamiento la interseccionalidad, sin la cual volveremos a producir aquellas praxis hegemónicas de las que estábamos tratando de escapar. Poner pues en el centro los privilegios, respetar el consenso y ser conscientes de las capacidades y necesidades de cada individuo -así como su relación con el entorno situado-, es imprescindible para dar pie a la cimentación de espacios comunes. Sin entrar a desarrollar la cuestión, debemos, junto a lo recién comentado, repensar que la deconstrucción de las prácticas y discursos heteropatriarcales debe incluir también la reformulación de la gestión del conflicto, ya que, quien ejerce el castigo es porque -cree que- tiene la autoridad de hacerlo. Si los espacios y las relaciones que queremos construir abogan por un carácter antiautoritario, es esencial empezar a eliminar el punitivismo de nuestras políticas.

Al final, no sólo es importante el proceso de liberar un espacio y convertirlo en una okupación habitacional, por poner un ejemplo, sino la coherencia y constancia que requiere su mantenimiento. Y esto pasa por cuidar tanto las relaciones interpersonales como el propio espacio, así como el conflicto inherente a estos procesos, ya que la mala gestión de este -que engloba tanto el punitivismo como su “no-gestión”- generará, a corto o largo plazo, un desgaste y desapego de los vínculos implicados, lo que a su vez repercutirá en el tejido social y material que lo conforma. Lo común se construye y se fundamenta pues cotidianamente.

7.1.1 Aclaraciones

Hace falta, antes de profundizar en el tema, realizar un pequeño paréntesis para nombrar una problemática intrínseca a la creación y gestión de este tipo de espacios. Los movimientos sociales que abogan por la interseccionalidad también cuentan con sus incoherencias. Poniendo como ejemplo los centros sociales okupados autogestionados (CSOAs), es frecuente ver cómo, al mismo tiempo que defienden la diversidad e igualdad, estética, rango de edad e incluso la ideología política tienden a la homogeneidad. A su vez, no podemos, por ejemplo, determinar como propio de los colectivos antifascistas, transfeministas, etc, el modelo asambleario participativo. Estas contradicciones inherentes a la organización y creación de espacios y colectivos son una

cosa que debemos tener en cuenta a la hora de repensar sobre la creación de espacios comunes. Cuáles son más lícitos, cuáles aportan y fomentan más a la comunidad y fomentan la vida del territorio... Todo esto son preguntas que, más que darnos una respuesta, nos llevan a otras incógnitas: qué comunidad, qué tipo de vida queremos desarrollar dicho territorio, bajo qué óptica, quién se queda dentro, quién fuera y por qué... El objetivo de este proyecto no es responder (al menos ahora) a estas cuestiones. Es una línea que dejaremos abierta para futuras investigaciones, pero resulta importante hacernos estas preguntas, ya que sólo siendo autocríticos y haciendo un trabajo en profundidad sobre el tema seremos capaces de encontrar respuestas coherentes a una temática tan compleja como la que puede ser la creación de espacios heterogéneos, plurales, horizontales... es decir, comunes.

7.2 Espacios seguros

El término “Espacio seguro” es algo que podemos escuchar con relativa frecuencia, al menos en espacios alternativos y políticos de carácter transfeminista, así como en los eventos que se generan en torno a estos (kafetas, charlas, fiestas...). Se hace visible, mediante discursos escritos u orales que en dicho espacio no se toleran actitudes de tipo machista, racista, homófobo, etc. Se crean también herramientas materiales para que, en caso de que una persona se sienta molestada, note que no se está tolerando el consentimiento o está viendo o/y viviendo una situación de violencia, el sujeto correspondiente pueda acudir a ellos a pedir ayuda. Estos toman la forma de puestos violetas, pulseras o pañuelos que llevan encima quienes organizan el evento, símbolos pintados en el cuerpo, etc. Todo esto, que se crea por prevención y precaución más que porque vaya a suceder realmente, demuestra que hasta qué punto un espacio puede determinarse como seguro. A título personal, no creo que los <<espacios seguros>> existan, al menos de forma absoluta y con larga perdurabilidad en el tiempo, dentro del que es el marco de la sociedad capitalista.

Si hablamos desde un plano material y ponemos como ejemplo un CSOA, el contexto político que lo rodea (actualmente, las metrópolis occidentales) supone automáticamente un elemento de violencia que impide, a raíz de los posibles desalojos y desahucios y sus respectivas cargas policiales, que el espacio se pueda determinar como seguro. Si repensamos el espacio seguro desde un punto de vista más inmaterial -cultural/relacional-, (que a su vez condiciona las prácticas y espacios físicos), tampoco creo que podamos hablar, al menos en términos absolutos, de que seamos capaces de crear, de

forma permanente, este tipo de espacios. Me afirmo en esta postura porque, siendo consciente del tipo de educación y praxis que recibimos desde que nacemos, podemos ver con bastante claridad que llevamos a nuestras espaldas un bagaje de fuerte carácter heteropatriarcal, que se entrelaza a su vez con el resto de sistemas de poder (raza, clase, género, etc). Debido a que nos han enseñado a relacionarnos bajo dichos parámetros y que el proceso de deconstrucción de estos es largo y cotidiano, no creo que se pueda asumir y sobre todo asegurar que las personas que frecuentan espacios politizados -y no-, no vayan a mantener dinámicas así como realizar comentarios que generen violencia, en especial si hay de por medio un consumo de sustancias desinhibidoras (alcohol y otras drogas).

Más que de espacios seguros podríamos hablar de espacios “más seguros”, y podríamos determinar estos como aquellos donde las personas que lo conforman en ese momento preciso tienen presentes formas de pensar y prácticas de carácter transfeminista, antirracista, etc.

7.3 Espacios no-mixtos

La creación de espacios no-mixtos es una respuesta natural a la violencia estructural que sufren todas aquellas subjetividades que no encarnan la identidad de sujeto único. Por ello, dichos espacios tienden a estar compuestos por mujeres y personas *queer*.

Su existencia, a parte de ser lógica, es extremadamente útil, ya que permite generar un ambiente donde, a priori, los sujetos que cotidianamente ejercen violencia sobre sus cuerpos y mentes, no están presentes. Esto da pie a la puesta en común de experiencias, traumas y emociones que, en un entorno que determinaríamos como más hostil, no se compartirían. Son además un lugar de empoderamiento y de aprendizaje, donde se abordan temas y se generan discursos muchas veces alejados de las perspectivas dominantes. Permiten colectivizar aquellas vivencias que los espacios y discursos hegemónicos habían invisibilizado. Además, al sentir dichas subjetividades el espacio como “más seguro”, la cantidad de energía gastada en la supervivencia cotidiana se reduce considerablemente, lo que permite un bienestar y una tranquilidad que es difícil encontrar en otros entornos. Esta herramienta que podríamos determinar como de autodefensa existirá pues hasta que el propio espacio sea lo suficientemente seguro como para que no sea necesario excluir a X tipos de sujetos -aquellos que dominan el espacio- para que otro tipo de identidades -las oprimidas- puedan desarrollarse, física y mentalmente, en plenitud de condiciones.

Por otra parte, sin deslegitimar lo más mínimo su uso y lógica, es importante señalar alguna problemática que puede acarrear la construcción de espacios no-mixtos.

Es lógico asumir que estos espacios son extremadamente útiles en cuanto a espacio “más seguro”, pero es cierto que existe la posibilidad de que estos se conviertan en “burbujas”, incluso jaulas. Como dice Alex B, “encerrándose en espacios separatistas se obstruye toda posibilidad de diálogo contra la otra parte y de transformar las dinámicas de la ideología dominante, y en definitiva se renuncia a la lucha. Aunque el separatismo pueda ser un alivio temporal del sufrimiento de la opresión, y un espacio en el que crear nuevas relaciones con las demás personas, como estrategia política a largo plazo crea exclusiones y no se dirige a cubrir el objetivo más amplio del antisexismo, que debe ser la deconstrucción de la inmutabilidad de los roles de género, es decir, de lo que crea la jerarquía.” (B, 2018)

Por otra parte, y esto es algo que pienso que tenemos que tener en cuenta, el hecho de que sea no-mixto no implica que esté libre de violencia. Los roles de poder, como decíamos anteriormente, son cambiantes: se articulan en función y consecuencia de los sujetos que intervengan, así como en el contexto en el que se sitúen. Además, pese a que las identidades que no encarnan el sujeto único han sido socializadas de forma diferente y esto las aleja de ciertas dinámicas y comportamientos, no impide que personifiquen actitudes y prácticas de carácter patriarcal, homófobo, etc.

Repensar sobre estos espacios es útil porque son una buena herramienta para generar y fortalecer lazos entre individuos afines, pero si tenemos como objetivo la creación de espacios comunes que, consecutivamente, generen un cambio estructural en las dinámicas sociales, el trabajo de construcción de estos ha de abarcar tanto los propios entornos separatistas y nuestras propias comunidades como todo lo que se encuentra fuera de estas.

La premisa bajo la cual podemos construir este tipo de espacios podría ser pues “Bienvenidas todas las identidades, pero no todas las actitudes”.

7.4 Zonas Temporalmente autónomas

Este término se desarrolla a manos de Hakim Bey (*Temporary autonomous zone* en inglés y conocido y citado como TAZ, en el mismo idioma), y hace referencia a todas aquellas acciones que permiten crear espacios y situaciones *temporales* que eluden, mediante su propia capacidad de ocultarse, las

dinámicas y formas estructurales de control social. El autor las define de la siguiente manera: “La TAZ es una forma de sublevación que no atenta directamente contra el Estado, una operación guerrillera que libera un área —de tierra, de tiempo, de imaginación— y entonces se autodisuelve para reconstruirse en cualquier otro lugar o tiempo, antes de que el Estado pueda aplastarla[...] Quizás algunas pequeñas TAZs hayan durado vidas enteras, y ello gracias a su capacidad de permanecer ignoradas”. (Bey, 1991)

Bajo esta premisa, podemos entender que, aunque el poder ha intentado cartografiar todo el territorio y por ende, dominarlo, en un contexto de tan alta complejidad tecnológica, económica y social, es imposible conseguir un control absoluto de todo el territorio, al menos de forma constante. Se producen así enclaves de libertad y autonomía fugaces que permiten, incluso en una realidad donde el poder es omnipresente, una parcial autodeterminación. Si el sistema tiene puntos ciegos y grietas a las que le resulta difícil llegar, la propuesta consistiría pues en ir a las coordenadas donde se sitúan dichos lugares. Es entonces en los puntos en blanco del mapa del poder donde de más libertad podemos encontrar.

8. Los Centros sociales como enclave articulador de espacios comunes

“Lo que siento como patria, o como patria tal vez, son los vínculos, las personas, algunos paisajes que son pequeños y concretos, que son barrios y poco más y que están en todas partes: lugares reales en los que he estado y lugares míticos que me han construido y no he llegado a visitar” (Vasallo, 2018)

Si retomamos la idea de que un mayor número de servicios ligados a las estructuras dominantes produce en los sujetos un mayor desarrollo y centralidad de los valores e ideales implícitos a ellos, podemos pensar que, a su vez, un distanciamiento de esas estructuras equivaldrá a una descentralización de dichos valores, dando pie a dinámicas más colectivas. Sin mitificar la precariedad y marginalidad, resulta importante entender cómo, por negación de los derechos e imposibilidad de acceder a los sistemas y estructuras sociales, de manera histórica existen prácticas y discursos de resistencia ligados a identidades oprimidas, que permiten una gestión y visión del territorio - así como de las relaciones- más o menos ajenas a las dinámicas capitalistas de producción y relación. Porque “sólo en tanto que parte de una comunidad, de un sentido de pertenencia, puede la persona sentir que está en condiciones de sobrevivir en un universo tan extremadamente complejo y dinámico como el nuestro” (Hernando, 2018: 15).

Antes nos preguntábamos desde dónde y cómo podíamos posicionarnos a la hora de generar prácticas que, en mayor o menor medida, permitieran la creación de estrategias de resistencia que facilitasen la autonomía y la libertad (colectiva) de los sujetos que habitamos en las metrópolis. Existen muchas maneras de reapropiarse del espacio, así como de romper la rutina individualista e individualizante a la que nos enfrentamos día a día. Los entornos separatistas y las TAZs son algunas de las formas de las que podemos servirnos para generar, con mayor o menor duración en el tiempo, espacios comunes, pero no las únicas. Todas estas siguen necesitando, sin embargo, un soporte material sobre el cual sustentarse y cobrar forma, así como la elaboración de un sujeto plural que las constituya.

Si reflexionamos, como explicábamos anteriormente, sobre la configuración del espacio y del sujeto hegemónico y su relación con el consumo y producción, podemos repensar los Centros sociales -mayoritariamente aquellos okupados, pero no solo- como su oposición. Pese a que no todos los CSOAs tienen el mismo impacto en su entorno más cercano -debido a que la realidad material que los constituye y las prácticas que se realizan en estos son diversas-, podríamos decir que todos representan una mancha en el sistema, ya que determinan como propio un espacio sin seguir las dinámicas mercantiles -pago del alquiler, hipoteca-, lo que supone, de manera automática, ir en contra de los ideales capitalistas. No debemos caer en dinámicas de idealización, ya que, por desgracia, el hecho de que una casa o espacio esté okupada no implica que las personas que la habitan estén exentas de mantener prácticas o comportamientos de violencia, tanto hacia el entorno material (barrio y medioambiente) como social/interpersonal. Sin embargo, siendo conscientes de que el machismo, racismo y demás prácticas e ideologías atraviesan a todas las individualidades que conforman la sociedad, podemos repensar los centros sociales, okupados o no, como una herramienta extremadamente útil para generar espacios comunes. No como ajenos al poder, -que, como explicábamos antes, es omnipresente e inherente a todos nosotros- pero sí con gran potencial de transformación social.

Frecuentar los Centros sociales, como comentábamos previamente, implica, entre otras cosas, ligarse a una cultura y un ocio alternativos, al mismo tiempo que posibilita el encuentro entre personas afines. Estos, por regla general, se basan bajo los principios de autogestión, solidaridad y apoyo mutuo. Permiten la puesta en común desde una perspectiva concreta, que es aquella anclada al territorio en el que se sitúan. La puesta en práctica de estos ideales se materializa, entre otras cosas, con eventos de carácter gratuito o “a la voluntad”, surgidos y organizados de forma colectiva a través de intereses o necesidades propias, con los que posteriormente se autofinancian.

Todo esto permite acercarse a la cultura y al ocio de una forma no-hegemónica: más local y situada, que no necesariamente está ligada a los procesos de consumo capitalistas. Esto a su vez hace que sea mucho más accesible, porque eliminar el dinero como elemento que determina la admisión facilita el ingreso a todas aquellas personas que no quieren (o pueden) gastar para poder acudir o participar. Al mismo tiempo, fomenta las prácticas de trueque, donde cada persona lleva y contribuye como quiere y como puede.

Además de generar una economía de cambio más circular, sostenible y equitativa, son espacios donde la toma de decisiones es colectiva y directa: no recaen sobre individuos concretos sino sobre organismos plurales. El poder decisivo es colectivo, y los roles que cada persona encarna son rotativos. Esto

promueve no sólo una vinculación física -con el territorio- y emocional -con las personas presentes-, sino una forma de participación directa que recuerda a los individuos presentes su capacidad *real* de toma de decisiones. Lo que es, al menos desde mi punto de vista, importantísimo, ya que permite a dichos sujetos entender que tienen capacidad de voz y voto. Esto puede parecer algo banal, pero, la gente, hastiada de las dinámicas de la política gubernamental, ha aprendido a delegar la toma de decisiones a elementos ajenos a ellos mismos (políticos, estado, gobierno...), cosa que, en un sistema social jerárquico como el actual, da carta blanca a la creación de políticas que están más enfocadas a los beneficios personales que en el bienestar de las personas a las que representan (la bien llamada corrupción). La democracia participativa, que se constituye a través del modelo asambleario, genera pues una modificación en la mentalidad de quien la conforma, desvelando el potencial de cambio que cada individuo tiene sobre su entorno. Este modelo de gestión -directo, horizontal, plural- no solo ayuda a reconocer a los individuos que lo conforman el poder decisivo que encarnan, sino que, al mismo tiempo, desarrolla la capacidad de escucha y pensamiento crítico colectivo. Se reconoce pues el potencial individual pero se pone en práctica a través de una plataforma común.

Precisamente porque estamos en constante competencia pensamos que tenemos -constantemente- algo que perder. Enfrentarnos a espacios y dinámicas *comunes* produce una deconstrucción del pensamiento <<yo *contra* el resto>> dando pie a praxis del tipo <<yo *junto* al resto>>.

Estos anclajes de "libertad" territorial permiten además el desarrollo y evolución de los movimientos sociales -transfeminismo, lucha por la liberación sexual y de género, ecologismo...-, que, a través de debates, presentaciones de libros, festivales de autoproducción, charlas, jornadas y demás eventos dan pie a la construcción y difusión de un imaginario colectivo alternativo a los discursos y prácticas hegemónicos. De esta forma se genera una creación plural de discursos, símbolos y experiencias, así como se revisan los referentes y la construcción de los relatos históricos -que se entienden como parciales, patriarcales y occidentales-. Descentralizando y situando los discursos de poder se propicia la reapropiación y recreación de nuevas prácticas, imágenes y lenguajes acordes a los intereses comunes. Pensando pues que la memoria es un engranaje colectivo, los encuentros generados en estos espacios comunes sirven como plataforma para entender de dónde venimos y saber hacia dónde vamos.

"Los CSOs proveen de infraestructuras a las ideas y ayudan a que se materialicen, que arraiguen, pues quizá de otro modo, sin un punto de reunión e intercambio, la idea no podría haber pasado de las conciencias individuales y



Figura 3
Biblioteca CSOA l'Horta

crear un proyecto colectivo comúnmente abonado y abordado. Precisamente es gracias a estas aportaciones y visiones de diferentes individualidades, de diferentes cosas que no son uno mismo, que se desempeña la necesaria externalidad recíproca (yo soy tu exterioridad, revisto tu idea, la complemento o la retoco, y tú eres la mía) que toda idea necesita para madurar y fructificar.” (Tutor, 2021: 9)

Cambiándose pues el orden de prioridad de los valores sociales (bienestar colectivo en vez de beneficio individual) se generan prácticas que dan pie a la creación material, cultural y social de nuevos modelos y espacios basados en parámetros, como decíamos antes, más comunes. Pasan así a un segundo plano las artificiales etiquetas que caracterizan al sujeto único metropolitano (con o sin papeles, rico o pobre). Lo que se rechaza pues no son las diversas identidades ligadas a la raza, género o clase, sino las prácticas, comportamientos y actitudes machistas, capacitistas, homófobos, etc. De hecho, es precisamente en estos espacios donde, por regla general, la diversidad se abraza, entendiendo esta como mayor pluralidad de voces, experiencias y vivencias que pueden ayudar a construir, desde el conocimiento situado e individual, una praxis colectiva interseccional.

Entendiendo los beneficios que puede aportar -tanto a nivel material como social- frecuentar y promover la creación de CSOAs, debemos considerar que la elaboración de espacios comunes no debe recaer únicamente sobre estos últimos. De hecho podríamos pensar que, pese a que los centros sociales son un espacio interdisciplinar donde no sólo se hace política a nivel de militancia, y que son abiertos y comunes para quién los quiera frecuentar, existe un estigma que los rodea, lo que produce un sesgo respecto a las personas que los podrían atravesar, así como enriquecerse con sus prácticas y discursos (ampliándose así, a su vez, la pluralidad de voces y experiencias que los conforman). La idea -negativa- que gira entorno al movimiento okupa está absolutamente ligada al discurso social, que lo tacha como indeseable porque resulta contraproducente con sus dinámicas de consumo y socialización. Deconstruir la concepción de los CSOAs así como las actividades y programas que tienen lugar en estos es una forma de abarcar un público mayor, lo que a su vez permitirá una mayor interacción con el lugar donde está situado: interactuar con las personas del barrio para preguntarles sobre sus necesidades y expectativas e intentar distribuir las actividades y espacios teniendo esto en cuenta, evitar el uso central de conceptos y símbolos que determinen el ideal político del espacio (y demostrarlo mediante las prácticas) son algunas de las ideas que podemos poner en marcha para que, las personas que no necesariamente sienten atracción por la política o se sientan identificadas con

dichas problemáticas -pero que, como el resto de subjetividades, sufran las consecuencias de vivir en la metrópoli- se vayan acercando a estos ambientes. Ya que, si sólo dejamos la política a aquellos que están en la “movida”, los discursos así como sus consecuencias no producirán un cambio estructural, costando mucho más generar un imaginario común que dé paso a la futura creación de espacios acordes a este ideal.

Fiestas populares, creación y gestión de huertos urbanos, asambleas de barrio, clubs de lectura, clases de yoga, talleres de bicis y carpintería, aulas de estudios... Debemos remarcar y reconocer la pluralidad de prácticas que existen de hacer política, y esto se consigue, en parte, reconociendo “la importancia de los espacios indefinidos, aquellos intersticios que escapan del planeamiento urbano y social, que existen no solo en burbujas separadas, pues nada escapa a la lógica del poder y aún menos a la polis, sino desarrollándose de forma paralela e incluso convergiendo con las instituciones en diversos grados”. (Miquel, 2016)

La praxis para generar espacios comunes pasa pues por hacer más políticos los espacios cotidianos y, a su vez, más interseccionales los espacios políticos.

9. Nápoles: El Giardino Liberato y los bienes comunes

“La comuna habita su territorio, es decir, le da forma tanto como este le ofrece una morada y un abrigo. Teje ahí los vínculos necesarios, se alimenta de su memoria, encuentra un sentido, un lenguaje a la tierra” (Comité invisible, 2015)

Como queda reflejado al inicio de la investigación, concluiremos este trabajo hablando de Nápoles, concretando nuestro análisis sobre sus “bienes comunes”, -concepto que desarrollaremos eventualmente-, y el *Giardino Liberato*, (centro social situado en el barrio de Materdei), así como su historia, implicación y función en el *quartiere*.

Por diversos motivos -en los que no vamos a profundizar ahora-, encontramos, en el contexto actual de la capital de Campania, un “gran” número de centros sociales activos que sirven como plataforma para la creación y realización de diferentes actividades políticas y culturales. Algunos de estos (el ExOPG, el ex-Asilo, Santa Fede liberata, Villa Medusa, Scugnizzo Liberato, el Giardino...) han conseguido, a través de un largo proceso jurídico, que el propio gobierno de Nápoles los categorizara bajo la etiqueta de “Bienes Comunes”. Bajo este contexto, podemos definir estos como aquellos bienes materiales e inmateriales que son necesarios así como beneficiosos para el desarrollo y ejercicio de los derechos fundamentales (<https://commonsnapoli.org/>) Estos, a su vez, deben ser administrados directamente por parte de los habitantes del territorio. Es decir, que se mantienen gracias al cuidado y autogestión de los individuos que los frecuentan. Este trabajo, que puede ser cotidiano u ocasional, se realiza siempre sin ánimo de lucro, y como objetivo único y final tiene la creación, puesta en práctica y satisfacción de los derechos y deseos, tanto de las personas presentes como de las generaciones futuras. Desde nuestro punto de vista, comentan varios autores, no son por tanto una forma alternativa de gestión eficiente de los recursos, que sin duda lo son, sino la apertura de espacios autónomos que reducen y cuestio-

nan la hegemonía de la economía de mercado y las formas políticas que la sostienen. (Ibáñez, de Castro, 2015)

La red ciudadana de los *Bienes Comunes Napolitanos* está compuesta por aquellos espacios urbanos que (ya sea porque el terremoto de 1980 afectó a sus infraestructuras que por otras razones) habían sido abandonados y que, a través de prácticas colectivas de autoorganización, los ciudadanos los reconstituyeron para su uso común. Estas acciones -basadas en la organización espontánea y desde la base- se han reformulado desde una óptica jurídica, reconociendo y justificando así, por parte de las autoridades territoriales competentes, su “oficialidad” y “legalidad”. Otorgándose a estos espacios una <<protección>> por parte del gobierno, las personas que los conforman pueden dedicar una mayor cantidad de tiempo a actividades relacionadas con el ocio, la política y la cultura, bajo la tranquilidad de que, gracias a la naturaleza de estas estructuras (“bienes comunes urbanos de uso cívico”) la alerta de desalojo es mucho menos probable.

Nápoles es la primera ciudad en Italia que ha instituido un departamento dedicado a los Bienes Comunes, hasta el punto de modificar el estatuto comunal introduciendo la categoría jurídica del “bien común” entre los valores fundamentales de la ciudad. Este proceso se inició y materializó con el Ex-Asilo Filangieri, en el año 2012. (<https://commonsnapoli.org/gli-spazi/lasilo/>)

Podemos decir entonces que el reconocimiento jurídico-legal de los bienes comunes y sus respectivas resoluciones es lo que caracteriza- a la vez que diferencia- un bien común frente a los anteriormente nombrados centros sociales okupados autogestionados.

La diferencia que existe en cuanto a términos jurídicos constituye una distancia enorme entre la naturaleza de estos espacios ya que, en un contexto donde el estado, el poder y sus respectivos mecanismos de control es casi absoluto, encontrar un hueco dentro de su dominio determina, ni más ni menos, la legalidad de su existencia.

Pese a que la posición en la que se sitúan los bienes comunes urbanos se podría categorizar como “institucional”-al contrario que los CSOAs- las dinámicas de gestión y regulación siguen, en ambos casos, un patrón muy similar. Estos se caracterizan por el modelo de autoorganización y decisión participativa. Está inspirado bajo los principios de autogobierno, de libre autorregulación y disfrute colectivo. La gestión del espacio se entiende como abierta y colectiva: cada habitante que utiliza dicho espacio tiene acceso a la toma de decisiones, a través de procesos participativos asamblearios.

Algunos de los principios base sobre los que se sustentan a la hora de generar



Figura 4
Iniciativa R-Estate a Materdei



Figura 5
Giardino Liberato, Materdei

este proceso participativo son el antifascismo, el antirracismo y el antisexismo. Como dice Luis González en *Sostenibilidad y bienes comunes*, cuando hablamos de bienes comunes no nos referimos sólo a su propiedad colectiva, sino también a que estos comunes se creen por la propia comunidad y a que su gestión sea comunitaria. (González, 2015). Estos pueden concebirse por lo tanto como espacios autónomos horizontales, que a su vez sirven como plataforma para elaborar y reformular prácticas colectivas para la gestión directa del territorio en el que se sitúan. A su vez promulgan, mediante los procesos plurales de asambleas participativas y sus diversas actividades, la elaboración de vínculos ligados al tejido social más cercano (personas del barrio) desde una perspectiva horizontal y situada.

Un ejemplo donde podemos visualizar a la perfección la articulación y gestión de estos espacios es el *Giardino Liberato*, un antiguo convento fundado por las Teresianas en 1794. Este edificio fue vendido al *Comune di Napoli* en 1930, quien, a raíz del deterioro causado por el terremoto de los 80, lo abandonó. Llevaba en desuso desde entonces hasta que, en 2012, un grupo de personas pertenecientes a Casapound, partido fascista de extrema derecha, lo deciden ocupar.

Materdei es sin embargo un barrio popular con fuerte carácter obrero y comunista. De manera que la presencia de dicho grupo generó entre las personas del barrio -sobre todo a los ancianos- una gran incomodidad. A raíz de esto, se empezaron a organizar asambleas en una de las plazas del barrio, y se fundó el Comité de habitantes de Materdei. Podemos resumir diciendo que, a raíz de varias manifestaciones organizadas por las personas del barrio y otros colectivos antifascistas universitarios se acaba desalojando y expulsando del edificio a los individuos de Casapound. No contentas con este hecho, las personas que configuraban el comité así como otros individuos de la zona deciden volver a okupar el espacio para su posterior uso cultural, lúdico y político. Nace así, ese mismo año el Giardino Liberato di Materdei como centro social (okupado) autogestionado y más adelante constituirá parte de la red de los declarados bienes comunes de la Comuna di Napoli. Esta breve recapitulación histórica deja ver cuán diferente puede ser el uso y función de un espacio según la perspectiva e intencionalidad con la que se haga uso. De espacio religioso a espacio liberado pasando por sede de Casapound, el actual Giardino liberato sirve como plataforma y nexo para la articulación de prácticas colectivas que fomentan el tejido barrial, la solidaridad y el apoyo mutuo. En él se realizan un gran abanico de actividades, como son el cineforum, el laboratorio de carpintería, clases de artes marciales, yoga, meditación y un curso de teatro para ancianos. Cuentan con una biblioteca con más

de 4000 libros (diccionarios, novelas, ensayos... todos ellos catalogados y de acceso libre), donados en su totalidad por parte de las personas de la zona, donde a su vez realizan el club de lectura. Además, se han creado eventos que se realizan a lo largo del *quartiere*, pero siempre en torno a este espacio, entre los que podemos destacar el Carnaval social de Materdei, que se hace en colaboración con las escuelas del barrio, donde niños, adultos y ancianos preparan sus propias máscaras, disfraces y carrozas. Estas propuestas y tantas otras las organizan y las llevan a cabo los propios habitantes del barrio, de manera autogestionada y autofinanciada. Son actividades que se realizan en y por el propio *quartiere*, donde cada persona aporta lo que puede y como puede, no se decide a votación sino por consenso, y los trabajos de mantenimiento y gestión (limpieza, catalogación, cocina, etc) son siempre rotativos.

El Giardino Liberato es un ejemplo emblemático que demuestra los beneficios que tiene para la comunidad y el propio entorno la puesta en práctica de formas de relacionarse ajenas a los discursos hegemónicos de poder, al mismo tiempo que evidencia la importancia del territorio como eje articulador de dichas praxis.

Revela a su vez cómo la creación de iniciativas y políticas comunes, situadas en la cotidianeidad, son un elemento fundamental para hacer frente a la individualización, aislamiento y desarraigo que produce la vida en la metrópolis.

CONCLUSIONES

Los cambios desarrollados en el sistema de producción, el tráfico de mercancías y el avance tecnológico han implicado una reconfiguración del territorio, así como del tejido social que lo constituye y sobre el cual se sustenta. Esta suma de factores materiales y socioeconómicos tiene como consecuencia la consolidación de la metrópoli, sustituta de las antiguas ciudades. Entendiendo esta como resultado de los procesos de globalización y espacio -físico y abstracto- donde se desarrolla la vida del capital, determinamos que es incompatible con el resto de formas de vida, ya que se sustenta a raíz y gracias a la constante explotación de los territorios y sujetos que la conforman. La paulatina imposición de los modelos de producción y consumo acarrea un cambio en los modelos relacionales de los sujetos que los realizan, lo que, a su vez, fomenta el uso y práctica de dichos sistemas. Bajo esta óptica, podemos determinar como característica de la metrópoli la homogeneidad, reflejada en la construcción no sólo del espacio y del sujeto único, sino del tipo de movilidad que este encarna dentro del territorio: el tránsito, sustituto del encuentro. El espacio, que se asume como neutral, oculta su naturaleza política: la normativa y formas de conducta se entrelazan con otros dispositivos de poder (raza, género, clase...), fortaleciendo el ideal del sujeto único -con el modelo de consumo y las prácticas que eso conlleva- y excluyendo, paralelamente, a aquellas personas que no cumplen dicho rol.

Asumiendo que el espacio, tanto público como privado, está inmerso en las dinámicas hegemónicas de poder, nos posicionamos diciendo que la creación de espacios comunes tiene que situarse fuera de estas etiquetas. Pero como la metrópoli es la síntesis de todo el territorio, no podemos colocarnos fuera de estas, sino *contra* estas. Utilizando este planteamiento como base y conceptualizando lo que podemos determinar como espacio común, repensamos las posibles praxis y posicionamientos de los que podemos valer para generar, en la medida de lo posible y con mayor o menor duración en el tiempo, espacios ajenos a las dinámicas hegemónicas de poder. Los espacios no-mixtos y las Zonas Temporalmente Autónomas –TAZ- son algunas de las prácticas que podemos realizar para conseguir este fin. Pero para conseguir eso, entendemos que *necesitamos un espacio común para hacer comunidad*. Es decir, el objeto de la lucha es tanto relacional (creación de sujetos plurales que gestionen los futuros espacios) como material (necesidad de espacios anclados en el territorio que articulen las experiencias, ideales y praxis sobre las cuales se conforma dicha comunidad).

No sólo necesitamos un lenguaje y un imaginario político colectivo, *necesitamos el soporte material sobre el cual darle forma*. **Bajo esta óptica, podemos repensar los centros sociales okupados autogestionados como enclave territorial para la puesta en práctica de algunas praxis colectivas que fomenten el uso de discursos y acciones más comunes y autónomas.** No obstante, y a falta de un mayor estudio de sus características y efectos comunitarios, el modelo de espacio común napolitano ligado al concepto de **“bienes comunes”** destaca entre los anteriores, por lo que constituiría una práctica a imitar, desarrollar y trasladar al resto de ciudades europeas. Sea cual fuere la fórmula concreta a seguir, todas ellas siguen necesitando un soporte material sobre el cual sustentarse y cobrar forma, así como la elaboración de un sujeto plural que las constituya.

Nos enfrentamos a varias problemáticas e incoherencias a la hora de crear espacios realmente comunes e interseccionales. Somos conscientes de la complejidad del tema y de las limitaciones de esta investigación, pero realizarnos estas cuestiones es el primer paso para llegar a futuras conclusiones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALEX, B. (2018). *Estrategias de resistencia y ataque. Pequeña historia de la resistencia feminista/queer radical desde los años 60 hasta hoy*. Editorial Imperdible.
- ARITZ, A. T. (2021). Repensando el derecho a la ciudad desde los centros sociales okupados. *Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 25 (4)
- AGUILAR GIL, Y. (2019). *Un nosotrxs sin estado*. OnA Ediciones.
- BEY, H.(1991). *Zona temporalmente autónoma T.A.Z.* Editorial Talasa.
- BIGLIA, B., Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social.(2014). En MENDIA AZKUE et all (Ed.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones, herramientas y aplicaciones desde la investigación feminista*.(21-44). Publicaciones UPV/EHU.
- COL-LECTIU PUNT 6. (2019). *Urbanismo Feminista*. Editorial Virus.
- COMITÉ INVISIBLE.(2009). *La insurrección que viene*. Editorial Melusina
- COMITÉ INVISIBLE. (2015). *A nuestros amigos*. Editorial Pepitas de Calabaza.
- CONSEJO NOCTURNO.(2018). *Un habitar más fuerte que la metrópolis*. Editorial Pepitas de Calabaza.
- CROW, S. (2012). *Autodefensas comunitarias de liberación*. Editorial Papel Negro.
- FOUCAULT, M. (2011). *Genealogía del racismo*. Editorial Altamira.
- GONZÁLEZ, L. (2015) *Sostenibilidad y bienes comunes*. Dossieres EsF, nº 16
- HARAWAY, D.J. (1995). *Ciencia, Cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra Universitat de València.
- HERNANDO GONZALO, A. (2018). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Editorial Traficantes de Sueño.
- HOOKS, B. (2021). *Teoría feminista: de los márgenes al centro*. Editorial Traficantes de sueños.

- JACOBS, J. (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Editorial Capitán Swing.
- LEFEBVRE, H. (2013). *La producción del espacio*. Editorial Capitán Swing.
- MIQUEL, M. (2013). *De la autoformación como práctica instituyente en las metrópolis postfordistas*. Tesis doctoral. Universitat Politècnica de València.
- MIQUEL, M. (2016). (Re)construcción espacial del sujeto ciudadano. *Dilemata. Revista internacional de éticas aplicadas* (22).
- VASALLO, B. (2018). *Pensamiento monógamo, terror poliamoroso*. Editorial La oveja roja.
- VV.AA. (2013). *Urbanismo, espacio y dominación*. Editorial La Neurosis o Las Barricadas.
- VV.AA (2015) *Los comunes en perspectiva: eficiencia vs emancipación*, Dossieres EsF, nº 16
- VV.AA. (2021). *Trame. Pratiche e saperi per un'ecologia politica situata. Ecologie, politiche del presente*. Editorial Tamu.

ÍNDICE DE FIGURAS

- **Figura 1:** Autoría propia, CSOA L'horta 2021
- **Figura 2:** Anaïs Florin, *Les falles serán sempre nostres*, 2022.
Extraído de <https://www.anaisflorin.com/les-falles-seran-sempre-nostres/>
- **Figura 3:** Autoría propia, CSOA L'horta 2022
- **Figura 4:** Silvana Gianotta, Iniciativa *R-Estate a Materdei*, 2010.
Cedida de su archivo personal
- **Figura 5:** Autoría propia, *Pranzo Popolare al Giardino Liberato*, 2022